



Caricatura de STINNES

HUGO Stinnes era, sin duda alguna, la personalidad más característica del imperialismo capitalista alemán. Fué este hombre enérgico una de esas figuras de otros tiempos, uno de aquellos señores feudales, conductores de mesnadas, sólo responsables ante Dios de su conducta. Podría, en efecto, decirse que se consideraba como un patrón por derecho divino. Industrial, negociante, financiero y, necesariamente, político, llevó a todas las esferas de actividad su espíritu de mando y sus aptitudes organizadoras. En pugna contra las corrientes modernas y en momentos de irrefrenables rebeliones, logró este hosco autoritario ejercer su dominio sobre las multitudes y plasmarlas en el molde de acero de su voluntad. Con razón se ha dicho que sin uniforme brillante, sin dorados y sin corona, Stinnes fué «de facto» si no «de jure» un soberano más poderoso que el último de los Hohenzollern.

¡Enorme imperio el de este burgués que tenía bajo su dirección centenares de empresas y ejercía su dominio sobre miles de trabajadores! ¡Y qué suma de esfuerzo para la conquista de este vasto reino! Un siglo de ásperos luchadores prepararon la aparición de este capitán osado que tuvo la fortuna de tropezar con el obstáculo desde los primeros días. Joven, casi adolescente, Hugo rompe resueltamente con la «firma de familia», en donde le aguardaba un porvenir halagüeño, y funda su primera sociedad, a la que sigue una prosperidad rápida y sin ejemplo.

Llegaba en instante propicio: la industria alemana, movida por un caudaloso impulso hacia las grandes concentraciones, carecía de uno de esos jefes que en los Estados Unidos asumían la gigantesca gestión directiva. Stinnes fué ese jefe y en sus manos el «consortium» se desarrolló a modo de un bosque poblado de árboles cuyas ramas se tocan en la altura y que alimenta un único caudal de aguas.

Después vino la guerra, y en ella Stinnes rivalizó con Ludendorff en

Monarcas modernos

energía. A la cabeza de las fábricas productoras de objetos militares, de los bancos, de las compañías de transporte, iba él como abanderado intrépido y caudillo experto. La derrota no lo doblega. Conserva—dice uno de sus biógrafos—todo su vigor y toda su audacia, y declara públicamente: «Jamás se ha roto en mí la voluntad de luchar, ni se romperá nunca, por largo tiempo que viva» ¿No ha dicho el cable que en su lecho de muerte concertó una operación de varios millones?

Ni menos lo doblega la tempestad socialista. El profesa un individualismo industrial cerrado e intransigente. «El trabajo, dice, es una función individual y en la empresa la autoridad directiva, que es un trabajo, la que tiene la última palabra». Pero frente a él se alza un enjambre de obreros que grita: ¡Jornada de ocho horas! ¡Alza de salarios! Sin inmrtarse replica: «Para salvar las dificultades presentes, Alemania necesita el esfuerzo máximo de todos sus hijos; no se ha perdido la guerra para economizar dos horas. Hay que trabajar, trabajar ahora, trabajar siempre». En cuanto al aumento de salarios, Stinnes consiente... con tal que se permita aumentar, asimismo, el precio del carbón y del acero.

Y no es que fuese indiferente a la suerte de los obreros. Había vivido entre ellos y conocía sus necesidades, sus dolores, sus cualidades. Como conocía también sus fallas y sus defectos.

Seguramente que un buen industrial prefiere que sus operarios estén bien alimentados y bien vestidos antes que mal vestidos y alimentados. Con independencia de todo principio altruista—que Stinnes no tomaba en consideración—el propio interés personal del patrón lo lleva a procurar el mayor bienestar de los obreros. No hace falta que la fórmula sea exigida imperativamente por la legión socialista. En este terreno no retrocedió Stinnes un solo paso.

El socialismo apenas rozó, empero, a Alemania con sus alas de fuego. A raíz del armisticio, las fuerzas destructoras obtuvieron por sorpresa una primera victoria. La salud no tardó en aparecer y las elecciones de 1920 derribaron los falsos dioses. Desde aquella fecha la paz interior hace su camino, y el fracaso de la huelga general de conductores de vehículos en 1922 y más tarde la de los obreros de Wurtemberg, provocadas por los agitadores, señalan el término de la aventura.

Hugo Stinnes ha desempeñado un papel importantísimo en la naciente etapa de reconstrucción económica. Su férreo puño sostuvo las industrias próximas a caer y les comunicó la fuerza robusta de su dictadura. ¡He ahí el Rey del Ruhr! escribe un publicista francés (Gaston Raphael). ¿Pero es verdad que en la comarca ocupada los franceses han encontrado en este Rey su mayor adversario? Adversario del Tratado de Versalles lo fué: mil veces lo declaró con una vehemencia que hacía inútil todo subterfugio. De sobra poseía, sin embargo, Stinnes el sentido de la realidad, para aconsejar que se mantuviera una actitud que traería para su país una segunda catástrofe.

Mas me alejo insensiblemente del objeto de estas líneas. En ellas no se persigue más que el propósito de bosquejar someramente un tipo creado por la etapa industrial a que tocamos, y que, si es verdad que la función crea el órgano, marcará la ruta a los que vengan detrás. El socialismo ha asignado a esa abstracción con tentáculos que se llama el Estado la gerencia de una inmensa concentración en la que figuran todos los instrumentos de trabajo. Contra ese programa se alza el de Stinnes: la tarea de la producción es obra del individuo y a los que duden de la capacidad de un hombre para tomar a su cargo esa acción multiforme, puede contestar el industrial alemán: ¡Aquí estoy!

Comparad las fuerzas de que disponían los reyes del pasado y comparad sus capacidades con las de los monarcas actuales y decidme de qué lado se inclina la balanza.

CARLOS DÍAZ DUFOO

(Revista de Revistas, México, D. F.)

